

Reflexiones teóricas y políticas sobre el concepto de territorialidad

NICOLÁS A. TRIVI

> Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Geografía

Universidad de Valparaíso
Facultad de Arquitectura
Márgenes
Espacio Arte Sociedad

Reflexiones teóricas y políticas sobre
el concepto de territorialidad
Julio 2013, Vol. 10, N° 12
pp. 31-36
ISSN 0718-4034

Recepción: Agosto 2012
Aceptación: Diciembre 2012

RESUMEN

El presente trabajo propone profundizar algunas reflexiones surgidas de trabajos anteriores sobre el concepto de territorialidad, ahondando en la tradición de conceptos en la que se inserta, así como en las posibilidades que brinda para el análisis teórico de la realidad política y social de la América Latina de principios del siglo XXI. Es nuestro interés reflexionar sobre los distintos elementos que componen la idea de territorialidad, cómo se relaciona con el territorio (entendido como espacio apropiado material y simbólicamente) y con los procesos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización. Los conflictos territoriales que se viven día a día en el continente, donde se ven involucrados actores sociales de características muy disímiles, requieren de herramientas teóricas flexibles para captar su complejidad. Entendemos que el concepto de territorialidad permite articular la dimensión identitaria, las representaciones y los discursos de los actores sociales, con las estrategias políticas y los aspectos materiales de las disputas por el espacio, ofreciendo un marco para el estudio de conflictos de diversa índole en el panorama regional.

PALABRAS CLAVE

territorialidad, América Latina, conflicto

Theoretical and political reflections on the concept of Territoriality

ABSTRACT

This paper proposes some further insights based on previous works on the concept of territoriality, diving into the tradition of concepts in which it is inserted and the possibilities it offers for the theoretical analysis of the political and social reality of Latin America in the early twenty-first century. It is our interest to reflect on the different elements that make up the idea of territoriality, how it relates to the territory (defined as materially and symbolically appropriated space) and the processes of territorialization, deterritorialization and reterritorialization. Territorial conflicts that are experienced every day on the continent, where social actors with very different characteristics are involved, require flexible theoretical tools to capture its complexity. We think that the concept of territoriality can articulate the identity dimension, representations and discourses of social actors with political strategies and the material aspects of disputes over space, providing a framework for the study of various conflicts in the regional context.

KEY WORDS

territoriality, Latin America, conflict

Des réflexions théoriques et politiques sur le concept de territorialité

RÉSUMÉ

Ce travail propose d'approfondir quelques réflexions surgies des anciens travaux sur le concept de territorialité, en pénétrant dans la tradition de concepts dans lequel est inséré, ainsi que dans les possibilités qu'il offre pour l'analyse théorique de la réalité politique et sociale de l'Amérique latine de principes du XXI^e siècle. Notre intérêt c'est de réfléchir sur les éléments distincts qui composent l'idée de territorialité, comment se rattache-t-il au territoire (entendu comme espace approprié matériel et symboliquement) et avec les processus de territorialisation, déterritorialisation et une reterritorialisation.

D'autre part, les conflits territoriaux qui sont vécus jour au jour dans le continent, où les acteurs sociaux que se trouvent impliqués ont des caractéristiques très dissemblables, ils requièrent des outils théoriques flexibles

pour capter sa complexité. On entend ainsi que le concept de territorialité il permet d'articuler la dimension identitaire, les représentations et les discours des acteurs sociaux, avec les stratégies politiques et les aspects matériels des disputes pour l'espace, en offrant un cadre pour l'étude de conflits de divers caractère dans le panorama régional.

MOTS CLÉS

la territorialité, l'Amérique latine, le conflit

INTRODUCCIÓN

Comenzar una reflexión sobre cualquier concepto teórico requiere rastrear, aunque sea brevemente, en sus orígenes; ubicarlo en relación a otros conceptos que lo preceden, que le dan sentido y lo inscriben en una determinada genealogía; y, a veces, en una determinada corriente de pensamiento, que puede entablar una discusión con otras corrientes, dentro del mismo campo disciplinar.

La importancia de realizar este ejercicio reside en la necesidad de no eludir la carga teórica y política previa que dicho concepto lleva, desde su creación o bien desde una ulterior resignificación. Y cuando, además del mero interés académico existe una intencionalidad política, que tiene que ver con asumir el carácter conflictivo de la producción teórica en aras de asegurarle una cierta incidencia social, esa importancia se multiplica.

De no ser así, se corre el riesgo de adoptar perspectivas de manera ciega, por mera corrección política o por una moda intelectual. Tampoco se trata de atarse a concepciones tradicionales por miedo a la innovación, o de rechazar los debates más actuales en un determinado momento por una originalidad impostada. Cada época tiene sus debates específicos, y es bueno estar al tanto de ellos para incidir realmente en las principales disputas académicas y políticas. En cualquier caso, es fundamental la mayor conciencia posible del rol y el lugar que se ocupa a la hora de elegir un determinado concepto para el análisis científico.

También es clave prestar mucha atención a cuáles son las palabras y las ideas más frecuentes fuera del ámbito estrictamente académico, cuáles son las banderas que levantan los sectores que se intenta analizar, y sobre todo con los que se busca dialogar. Nunca es bueno perder de vista cuál es el terreno semántico en el que se da el debate público, so pena de profundizar el aislamiento que muchas veces padecen (o cimentan) los círculos intelectuales del resto de la sociedad.

Flaco favor le hacen a las luchas populares aquellos analistas que, a la reflexión teórica, no le agregan un interés genuino por comunicar el resultado de sus investigaciones a las organizaciones y sectores que pretenden apoyar. Una comunicación, un diálogo, que comienza en la producción teórica de carácter crítico, se consolida con una preocupación por encontrar un lenguaje llano y expresivo, lo más sencillo y contundente posible; y se completa en una participación, una llegada y un vínculo directo con los actores en cuestión.

Todo esto entendido, claro está, no como una serie de pasos sucesivos, cuyo orden es inalterable, sino como los componentes de una postura integral del científico frente a su rol como productor de conocimiento crítico y como sujeto político, que no duda en tomar partido en los debates que pretende estudiar.

EL CONCEPTO DE TERRITORIALIDAD: BUCEANDO EN SUS ORÍGENES PARA APROXIMARSE A UNA DEFINICIÓN

Para comprender los alcances de un concepto como el de territorialidad es preciso remontarse a las primeras reflexiones sobre las

relaciones entre el poder y el espacio. Un primer hito es el trabajo de Ratzel (1983), uno de los fundadores de la geografía moderna, quien sentó las bases de la discusión sobre los modos en que los estados debían ejercer control sobre el espacio y sus recursos, para asegurar la grandeza de la nación. Más allá de su impronta organicista, y de las derivaciones políticas que tuvo su discurso en las décadas subsiguientes, es indudable que la obra del teórico alemán es un precedente indiscutible, entre otras cosas por presentar otro concepto clave para la discusión que nos ocupa: el territorio, entendido como espacio apropiado por un estado.

Más cerca en el tiempo, y dejando a un costado las obras de exponentes de la geopolítica como Mackinder, se encuentra el posestructuralismo, que a través de exponentes como Foucault se encargó de demostrar que el poder político y social es una realidad mucho más compleja, que excede ampliamente a la institución estatal, y por el contrario se encuentra presente en todas las esferas de la vida social (Chiodelli, 2008).

Otro exponente de gran relevancia en la teoría social de la segunda mitad del siglo veinte es Henri Lefebvre, quien si bien no trabajó sobre el concepto de territorio sino sobre el de espacio (1976), realizó una profunda reflexión sobre el carácter político de la producción del espacio urbano, criticando al planeamiento urbano de las décadas del sesenta y setenta como una actividad funcional a la reproducción del capital. De allí se desprende la idea de que la ciudad también es un espacio sujeto a la apropiación conflictiva de los distintos actores sociales, que construyen su territorio ejerciendo un control más o menos duradero.

Dentro del panorama de la geografía crítica de inspiración marxista, es necesario mencionar el trabajo de Yves Lacoste, quien en su célebre *La Geografía, un arma para la guerra* (1978), puso de relieve la dimensión espacial del conflicto de clase, y cómo la geografía es un saber estratégico para comprender las estrategias políticas de los actores sociales, más allá del clásico enfrentamiento entre ejércitos regulares que había teorizado Ratzel en el siglo diecinueve.

Quién desarrolló el ideal carácter múltiple y complejo del poder, y su dimensión espacial, fue Claude Raffestin (2009), para quien el territorio es el resultado de la apropiación del espacio, por parte de un actor, con un determinado programa o intencionalidad. Aquí el espacio es una condición de posibilidad y una realidad previa al accionar de los actores.

Ya en los años ochenta, y enfocándonos en el concepto que nos ocupa, un precedente imprescindible lo constituye Robert Sack, quien definió a la territorialidad como el intento por parte de un individuo o grupo de afectar, influenciar, o controlar personas, fenómenos y relaciones, a través de la delimitación y el establecimiento de un control sobre un área geográfica. Esta área será llamada territorio. (1986, p. 1) [Las cursivas son del autor]. Lo que nos interesa de esta propuesta teórica es el énfasis en el carácter estratégico del concepto, que remite a un accionar deliberado de un actor.

La escuela brasilera de geografía crítica, forjada al calor de la lucha contra la dictadura militar que se extendió entre 1964 y 1985, y que le dio a la AGB (Associação dos Geógrafos Brasileiros) un rol destacado como usina de pensamiento y acción críticos, realizó numerosos aportes en esta discusión. Lo notable aquí es que la producción teórica ha estado fuertemente vinculada a un compromiso político con los sectores populares de su país, sin esquivar pronunciamientos alrededor de cuestiones nacionales tales como la reforma agraria.

Entre los exponentes de esta escuela, podemos mencionar a Bernardo Mançano Fernandes, quien, imbuido en la disputa de las organizaciones campesinas como el MST (Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra) con las transnacionales del agronegocio y los organismos estatales que implementan planes de “desarrollo territorial” eludiendo la carga política de su accionar, sostiene que La esencia del concepto de territorio está en sus principales atributos: totalidad, soberanía, multidimensionalidad y multiescalaridad. Por tanto, es imposible comprender el concepto de territorio sin concebir sus relaciones de poder que determinan la soberanía. (2007, p.5). De esta manera, queda asentado que la discusión sobre el territorio es siempre una discusión sobre relaciones de poder desiguales.

Otro aspecto importante de esta definición refiere al carácter multidimensional del concepto, que abre la puerta para integrar sintéticamente aspectos materiales y simbólicos en un único proceso. Quien hace énfasis en esta cuestión es Carlos Walter Porto Gonçalves, tomando un punto de vista que lo acerca a la crítica poscolonial. Este autor, en su análisis de la crisis del estado-nación territorial, sostiene que es preciso abandonar la separación, de origen cartesiano, entre materia y espíritu, para comprender la unidad dialéctica en que se da la apropiación simbólica y material del espacio, un rasgo que distingue de manera particular a sujetos tales como pueblos originarios, comunidades tradicionales y demás actores relegados por el poder del estado y el capital. (Porto Gonçalves, 2002; 2003).

Porto Gonçalves aporta también una sencilla, pero no por eso menos valiosa formulación, en la que hilvana los conceptos que nos ocupan. Dice que O território é uma categoria espessa que pressupõe um espaço geográfico que é apropriado e esse processo de apropriação —territorialização— enseja —territorialidades— que estão inscritas em processos sendo, portanto, dinâmicas e mutáveis, materializando em cada momento uma determinada ordem, uma determinada configuração territorial, uma topología social.¹ (Porto Gonçalves, 2002, p. 230) [Las cursivas son del original].

Así es como tenemos una definición del territorio coherente con lo que se dijo anteriormente, que en su carácter de totalidad engloba a otros conceptos de gran relevancia. La idea de territorialización señala el carácter procesual de la apropiación del espacio y la subsiguiente conformación del territorio. Y al complementarse con las ideas de reterritorialización y desterritorialización, da cuenta de las disputas entre los actores y sus lógicas de apropiación del espacio, que alternativamente pueden complementarse o bien ser abiertamente antagónicas.

Con respecto a la idea de territorialidad, vemos necesario aclarar que desde nuestro punto de vista no se puede asimilar directamente a la idea de identidad. Si bien guarda con ella un estrecho vínculo, comprende otras dimensiones que la completan y diferencian. De la misma manera, el concepto de identidad, aún cuando tiene en la adscripción a un determinado recorte espacial una de sus principales características, abarca otros aspectos que no se derivan de su dimensión espacial.

La identidad, en tanto capacidad de un actor de administrar la experiencia social para jerarquizar y ordenar sus pertenencias sociales con tal de lograr un determinado fin (Dubet, 1989), contiene una eminente dimensión política, así como una referencia espacial clave para consolidarla. Sin embargo, no deja de tratarse de una realidad que se maneja básicamente en el ámbito de lo simbólico, de lo inmaterial.

Siguiendo a otro referente de la geografía crítica brasilera, Rogério Haesbaert (2004), sostenemos que la apropiación del espacio se despliega en un espectro que abarca la dominación material y concreta, y la apropiación simbólica e inmaterial, sin establecer entre ellas ninguna división clara. Por el contrario, se encuentran unidas en el mismo proceso de territorialización.

De esta manera, la territorialidad trasciende el plano estrictamente inmaterial y simbólico y se nutre de elementos de carácter material, al ser además un proceso del que difícilmente se pueda encontrar un principio y un fin (a menos de que se esté ante una desterritorialización compulsiva y definitiva del actor en cuestión). En ella encontramos elementos, motivaciones, de carácter político y económico, que se relacionan pero no se pueden reducir a elementos de carácter identitario y cultural.

La territorialidad, entonces, se erige como la motivación, y el resultado, de un proceso de apropiación (territorialización) de un determinado objeto, el espacio, que así se convierte en territorio. No sería procedente ubicarla sólo con anterioridad a ese proceso, pues en ningún momento se desactiva como tal, sino que está en todo momento presente, como guía y luego como producto de la territorialización, combinando los elementos identitarios, con aquellos políticos (relaciones de poder) y económicos (relaciones de producción). A su vez, el resultado de las disputas por el espacio entre diferentes actores, las correlaciones de fuerza espacializadas, influyen directamente en la evolución futura de la territorialidad de los distintos sectores en pugna. Como dijimos en un momento, La territorialidad se constituye en la socialización propia de la disputa de espacios que serán convertidos en territorio (o mejor dicho, de territorios previos que oficiarán de espacio para la conformación de nuevos territorios, a partir de nuevos procesos de territorialización). (Trivi, 2011, p.13).

Tal es así que en un determinado conflicto (que no necesariamente tiene que darse en el plano de la acción directa o de la violencia, sino también en el de la política electoral o institucional), los distintos actores en pugna pondrán en juego sus herramientas, sus recursos identitarios, sus estrategias, para hacerse del espacio y convertirlo en su territorio (material y simbólico); la territorialización de un actor supone la desterritorialización del otro, en casos de abierta confrontación, siendo ambos movimientos coherentes entre sí. Las territorialidades, por el contrario, son las que ocasionalmente se oponen, o bien se alían, complementan, negocian, se intercambian elementos.

AMÉRICA LATINA BAJO EL SIGNO DEL EXTRACTIVISMO: CONTIENDA DE TERRITORIALIDADES

Los últimos años de la historia del continente se han caracterizado por fuertes transformaciones sociales, que han dado pie a la aparición de escenarios políticos de mayor complejidad a los de la época del auge del neoliberalismo. A grandes rasgos, y admitiendo el estar cayendo en simplificaciones, tenemos por un lado avances tangibles, en términos políticos, ideológicos, sociales (y por qué no, territoriales) de los sectores populares, como nos muestran, más allá de serias contradicciones, los procesos que se viven en Bolivia, Venezuela y Ecuador. Por otro lado, rea-



> Figura 1. El Movimiento en Defensa de la Pacha marca el espacio del paraje Punta Querandí con estos carteles, apropiándose, y así denunciando cómo las urbanizaciones cerradas (los countries) han privatizado el espacio circundante, territorializándose sobre otros sitios arqueológicos. La historia es hoy recuperada para fortalecer la lucha por el espacio público, dotándolo de un carácter sagrado. (Archivo personal, 27/7/2012)

lidades intermedias, como las de Brasil, Argentina y Uruguay, en las que conviven reales avances en distintas cuestiones, con la permanencia y en muchos casos la profundización de las relaciones de dominación favorables al capital nacional e internacional en sectores clave de la economía. Finalmente, escenarios donde las relaciones de poder favorables al imperialismo se mantienen prácticamente intactas, o bien se refuerzan mediante los métodos más directos; aquí, la resistencia también se da en términos más crudos. Podemos mencionar, en este último grupo, a Chile, Colombia, México y, recientemente, Paraguay y Perú.

Para encontrar una respuesta que explique tamaña diversidad de situaciones se vuelve necesario prestar atención a los quiebres en el patrón de acumulación del capital, en un contexto de crisis internacional, que hace tambalear al sector financiero como el sector más dinámico del capital. Y que sacude la producción de commodities, tanto energéticas como de alimentos, provocando un alza de los precios sostenida en el tiempo, como pocas veces se ha visto.

Sin ánimos de entrar en esta discusión, que excede ampliamente los alcances de este trabajo, lo que nos interesa aquí es notar cómo estos cimbronazos económicos tienen su correlato, su expresión, y su sostén, espaciales. Ergo, su manifestación en las disputas territoriales entre el capital, la fuerza de trabajo y el estado. Por ejemplo, el alza en los precios de los commodities impulsa el avance descontrolado del monocultivo de exportación, un proceso que al territorializar actores hegemónicos de escala internacional, nacional y local, desterritorializa comunidades tradicionales campesinas y aborígenes, que son expulsadas hacia los cinturones de pobreza de las grandes ciudades.

Para no caer en un determinismo económico burdo, es preciso dejar en claro que los matices de cada escenario nacional y local

tienen una autonomía respecto de las directrices globales, que se desprende de la correlación de fuerzas específicas de cada caso particular, en la que se sintetizan cuestiones históricas, culturales, entre otras. Varias de estas cuestiones se convierten en ingredientes de peso en la configuración identitaria y estratégica de los actores en cuestión, y por lo tanto se sedimentan en sus formas de apropiarse del espacio, es decir, en sus territorialidades.

Dentro de los parámetros generales del conflicto social actual en nuestro continente, resulta ineludible señalar lo que David Harvey (2004) llamó acumulación por desposesión, es decir, una actualización constante de la acumulación primitiva de la que hablaba Marx. Los grandes emprendimientos mineros; las faraónicas obras de infraestructura como la represa Belo Monte en Brasil; y también la expansión de las urbanizaciones cerradas en las franjas periurbanas de las grandes ciudades, son expresiones del mecanismo mediante el capital se reproduce de manera ampliada, no sólo mediante la extracción de plusvalor de la fuerza de trabajo, sino también a través de la expansión geográfica, que permite una “fuga hacia adelante” de sus crisis recurrentes, y redundante en la amenaza directa de las condiciones de reproducción de comunidades tradicionales y otros sectores subalternos, hasta ese momento parcialmente insertos en el modo de producción capitalista.

En esta nueva fase, alcanza especial notoriedad el fenómeno del extractivismo, no porque la dependencia de las exportaciones, la presencia de economías de enclave, el saqueo de los bienes naturales y el peso del sector primario en las economías nacionales sean una novedad, sino justamente por su vigencia, más allá de los cambios históricos apuntados más arriba.

Lo interesante para el debate académico y político es el alcance de este fenómeno más allá de las fronteras nacionales y las realidades políticas particulares que contienen, teniendo en cuenta que, tal como señala Eduardo Gudynas (2010), el mismo ha logrado combinarse con la agenda progresista de más de un gobierno de la región, al mismo tiempo que forma parte del ADN de los gobiernos más afines al imperialismo estadounidense.

Un grave error que han cometido vastos sectores de la izquierda latinoamericana es el de tomar este rasgo común a gobiernos derechistas y centroizquierdistas para tachar a estos últimos de ser una continuidad flagrante del neoliberalismo. El resultado de una postura como ésta ha sido el aislamiento político de estos sectores de los debates y la agenda de las masas, en el mejor de los casos, y en otras ocasiones, un accionar político que resulta contraproducente para los intereses que se dice representar, especialmente en contextos de crisis política aguda.

No se busca aquí relativizar la importancia de la delimitación política, que conduce a la inmovilidad propia de aquél que no puede avanzar y plantear ciertas discusiones que son postergadas por la agenda gubernamental, por miedo a favorecer a los sectores más concentrados de un establishment en decadencia; pero sí insistir en la necesidad de realizar caracterizaciones políticas profundas, audaces, que se permitan un diálogo fecundo con las concepciones y los imaginarios populares más arraigados en la cultura política nacional.

Lo cierto es que, en la larga lista de conflictos sociales que atraviesan la región, ya sea en el ámbito urbano como en el rural, la lucha de clases ha tomado una dimensión claramente espacial (al menos en el plano del análisis que realizan los académicos, y las propias organizaciones y actores que de ella participan), configurando un espacio político donde el terreno de disputa se delimita en términos de luchas por el territorio (Domínguez, D.; Lapegna, P.; Sabatino, P., 2006).

Los motivos de esta situación los podemos encontrar justamente en que el propio capital, al amenazar directamente las condiciones de reproducción de sectores enteros de la población, atraviesa las múltiples dimensiones de la territorialización de estos sectores, repercutiendo entonces en las estrategias que éstos elaborarán para permanecer en el mismo. Al hacerse más explícita la magnitud del conflicto, se ponen en juego más elementos políticos, sociales, identitarios, que los que puede haber en un puja estrictamente salarial o gremial.

De esta manera, en ocasión de crisis políticas de envergadura, como la que se dio en 2009 ante la rebelión de los aborígenes de la Amazonía peruana, en oposición a una serie de proyectos de explotación hidrocarburífera, el antagonismo entre modalidades de apropiación del espacio radicalmente diferentes se manifiesta incluso en términos de modelos de desarrollo opuestos. Por un lado tendremos empresas transnacionales, volcadas a la extracción de materias primas para el mercado internacional, amparadas por un estado que no duda en apelar a un aparato represivo y a una retórica donde ese saqueo es la única vía para desarrollar la región; por otro lado, tenemos a las comunidades aborígenes y sus organizaciones, para quienes la conservación de la floresta es condición sine qua non para llevar adelante su estilo de vida.

En el momento de la confrontación más directa, los elementos previos (ideológicos, culturales, sociales) se sintetizan con aquellos elementos de índole política, dados por la correlación de fuerzas vigentes, para conformar la territorialidad de cada uno de los actores, es decir, las intencionalidades, motivaciones, estrategias, y capacidades reales de incidencia en el escenario en cuestión.

Resulta imprescindible complejizar este esquema, atravesándolo con la caracterización política de los diferentes escenarios nacionales que se trazó someramente más arriba, para captar las razones que determinan que lo que a priori puede ser un conflicto similar, se resuelve a través de mecanismos distintos. Tal es el caso de la polémica ruta que el estado boliviano pretende construir a través del Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Secure (TIPNIS). Aquí, la forma en que el gobierno responde al reclamo popular (más allá de la influencia que puedan llegar a tener las ONGs ambientalistas de origen dudoso) deriva directamente de la alianza de clases populares que lo sostiene, así como de su propio proyecto político, que ha buscado plasmar nada menos que en la Constitución Nacional los valores y la cosmovisión de las culturas aborígenes.

Regirse por los preceptos del Sumaq Kausay (el “buen vivir”), tal como pretende el gobierno de Evo Morales, por lo tanto, implica considerar formas de relacionamiento con la naturaleza, alternativas a las de la modernidad capitalista. Algo que entra en contradicción, frecuentemente, con las necesidades de fortalecer el aparato productivo de una economía subdesarrollada y periférica como es la boliviana. Ambas cuestiones irán a condicionar las formas de territorialización del estado boliviano.

Teniendo en cuenta que, tal como dijera Poulantzas (1987), el Estado es mucho más que un simple instrumento de dominación de una clase sobre otra, sino que es la expresión de una determinada correlación de fuerzas entre las distintas clases sociales en un contexto geohistórico particular, podremos entender entonces, tomando otro ejemplo, cómo responde un gobierno como el argentino ante las protestas populares contra los emprendimientos megamineros. Sus compromisos con las grandes multinacionales del sector lo obligan a no retroceder en la voluntad de ampliar los horizontes para la actividad en las provincias cordilleranas; pero su agenda progresista, producto en gran medida del estallido social de diciembre del 2001, y el apoyo de sectores del movimiento obrero y de organismos de derechos humanos de reconocida trayectoria, le impiden llevar adelante una represión descarnada como la que instrumenta el gobierno colombiano en Toribio, departamento del Cauca, contra el pueblo Nasa (Muñoz Gallego, M.; Diario NEP, 25/7/2012).

Para dar cuenta de cómo este cuadro se presenta en problemáticas urbanas, tomaremos un ejemplo que conocemos de cerca, y que más allá de su escala reducida presenta una gran riqueza de elementos para el análisis. Se trata de un conflicto ubicado en el área metropolitana de la ciudad de Buenos Aires, en el límite entre los distritos de Tigre y Escobar (sobre el delta del Río Paraná, que luego conforma el Río de La Plata), una de las regiones donde más se han desarrollado las urbanizaciones cerradas, siendo algunas de ellas, como el caso de Nordelta, de las de mayor envergadura en el país.

Allí, el avance indiscriminado de las empresas constructoras sobre las costas del río, que privatizan un espacio que es y debería ser de carácter público, está afectando también a varios sitios arqueológicos, testigos poco reconocidos del pasado aborígen de la zona. Esta situación provocó la movilización de vecinos de la zona, activistas políticos y aborígenes urbanos, que ocuparon durante más de un año, con un acampe, un paraje rebautizado ahora como Punta Querandí (en homenaje a uno de los pueblos aborígenes de la zona).

Lo destacable aquí es que la territorialidad del Movimiento en Defensa de la Pacha, la organización que nuclea a estos sectores (conformada a principios del 2010), se basa en un proceso de construcción de una identidad aborígen genérica, de alcance nacional y conti-

mental, articulada a la identidad aborígen específica de la región, con el objetivo de impedir la privatización de un espacio público, lo cual tiende puentes con los vecinos de la zona que no se reconocen como aborígenes. Ese carácter público incluye una propuesta de conservación del ecosistema natural de la zona, el humedal; un rescate del carácter sagrado del lugar como antiguo cementerio; y una valoración como espacio educativo. Para completar el carácter proyectivo de esta modalidad de territorialización, hay que tener en cuenta la voluntad de los miembros del movimiento de anticiparse a la construcción de futuras urbanizaciones cerradas mediante el relevamiento de otros sitios arqueológicos cercanos.

Fue a lo largo del conflicto que estos elementos se fueron incorporando a la territorialidad de este sujeto colectivo, demostrando así su carácter procesual y su dimensión política. La propia práctica de ocupar el espacio brindó nuevas herramientas discursivas que fortalecieron la propuesta política. Por otro lado, y como suele suceder a menudo, fue a través de resquicios y lagunas legales que el conflicto se fue encauzando, oponiéndose el carácter público de cualquier sitio arqueológico y de esos terrenos en particular (que pertenecieron en su momento a la empresa estatal de ferrocarriles), a las ordenanzas municipales y los acuerdos de las empresas constructoras con el gobierno local (Indymedia Argentina, 17/2/2012).

Una situación con la que también tuvo que lidiar el estado municipal, acomodándose a una puja de intereses en la que su impronta progresista (al menos en el plano discursivo) entra en tensión con los acuerdos económicos con los sectores económicos más concentrados. Así se pasó de la descalificación pura del reclamo, emanado de una ocupación informal del espacio, hacia un paulatino reconocimiento de la legitimidad del mismo. El final, aún abierto, probablemente se cristalice en una determinada legislación, o bien en algún tipo de reconocimiento estatal de la problemática.

CONCLUSIÓN

¿Por qué traer a colación una lucha como ésta? Porque si bien no se trata de un episodio que cuente con la envergadura de otros conflictos, que sacuden el panorama político de un país entero y tiene alcance continental, sí cuenta con elementos de gran riqueza para el análisis, y nos acercan a lo que hemos pretendido demostrar. Es decir, que las luchas por la apropiación del espacio son una de las claves del escenario continental en la época actual, y que para analizarlas (y poder incidir en ellas), el concepto de territorialidad resulta de gran utilidad, pues nos permite captar los recursos, las estrategias y las motivaciones, pero también las limitaciones, de los distintos actores, a la hora de territorializarse.

Vivimos una época compleja, donde la contienda entre territorialidades opuestas se actualiza día a día. Los modelos de desarrollo que se configuran al calor de estos conflictos polarizan los escenarios políticos y exigen posicionamientos claros, munidos de herramientas teóricas afiladas para el debate público, y dispuestas a volcarse a la práctica militante.

NOTAS

1 El territorio es una categoría espesa que presupone un espacio geográfico que es apropiado y ese proceso de apropiación —territorialización— engendra identidades —territorialidades— que están inscriptas en procesos siendo, por tanto, dinámicas y mutables, materializando en cada momento un determinado orden, una determinada configuración territorial, una topología social (...).

BIBLIOGRAFÍA

CHIODELLI, F. (2007) *Spazio e Potere*. Lefebvre, Schmitt e Foucault. Milano, Politecnico di Milano.

DOMÍNGUEZ, D.; LAPEGNA, P.; SABATINO, P. (2006) "Un futuro presente: las luchas territoriales". *Nómadas* N° 24, abril 2006, pp., 239-246.

DUBET, F. (1989) "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto". En: *Estudios Sociológicos*, Vol. VII, N° 21, septiembre-diciembre, Ciudad de México: COLMEX.

GUDYNAS, E. (2010) "El nuevo extractivismo progresista". *El Observador del Observatorio Boliviano de de Industrias Extractivas. Boletín de seguimiento a Políticas de Recursos Naturales*, N° 8, pp. 1-16.

INDYMEDIA PUEBLOS ORIGINARIOS "Punta Querandí: una lucha cada vez más comunitaria". *Indymedia Argentina*, 17/2/2012. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org/news/2012/02/808752.php>

HAESBAERT, R. (2004) *O mito da desterritorialização*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.

HARVEY, D. (2004) "El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión". En: Panitch, L. (Ed.) *Socialist Register 2004. El nuevo desafío imperial*, pp. 99-129. Buenos Aires: CLACSO.

LACOSTE, Y. (1978) *La Geografía, un arma para la guerra*. Barcelona: Anagrama.

LEFEBVRE, H. (1976) *Espacio y política*. Barcelona: Península.

MANÇANO FERNANDES, B. (2007) *Territorios en disputa: campesinos y agríbusiness*. São Paulo: Universidade Estadual Paulista (UNESP).

MUÑOZ GALLEGO, M. "Los Indignados en tierra de Avatar". *Diario NEP*, 25/7/2012. Disponible en: <http://www.diarionep.com.ar/noticias/los-indignados-en-tierra-de-avtar/?postid=6089>

PORTO GONÇALVES, C. W. (2002). "Da geografia às geo-grafias: um mundo em busca de novas territorialidades". En: Ceceña, A. E.; Sader, E. (coords.) *La Guerra Infinita: Hegemonía y terror mundial*. (pp., 217-256) Buenos Aires: CLACSO.

— (2003). *Geo-grafias: movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.

POULANIZAS, N. (1987). *Estado, poder y socialismo*. México: Siglo Veintiuno Editores.

RAFFESTIN, C. (2009) "A produção das estruturas territoriais e a sua representação". En: Saquet, M. A.; Savéiro Spósito, E. (Ed) *Territórios e territorialidades - teorias, procesos e conflitos*. São Paulo: Expressão Popular.

RATZEL, F. (1983) "O solo, a sociedade e o Estado". *Revista do Departamento de Geografia da USP*, N° 2, pp. 93-101.

SACK, R.D. (1986) *Human Territoriality: Its Theory and History*. Cambridge, Cambridge University Press. Extractos y traducción de la cátedra de Introducción a la Geografía de la Universidad de Buenos Aires.

TRIVI, N. "Bajo los adoquines está la Pachamama: Territorialidad andina en el Gran La Plata (2008-2011)". Tesis de grado. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.469.pdf>

>